

UN FUEGO VIVO EN BABEL

*Se la llamó Babel porque allí confundió el Señor
la lengua de todos los habitantes de la Tierra Gn 11,9*

- **BABEL, UNA PELICULA INQUIETANTE**

El director de cine mejicano Alejandro González Iñárritu completa con Babel una trilogía formada por *Amores perros* y *21 gramos* sobre el problema de la incomunicación en el mundo moderno. Como en las dos películas anteriores utiliza como técnica narrativa entrelazar varias historias, aparentemente inconexas, con algunos puntos de confluencias.

El argumento en síntesis es el siguiente: un matrimonio norteamericano, Richard y Susan, emprenden un viaje a Maruecos para anestesiar su crisis matrimonial. Dejan a sus hijos al cuidado de una mujer mejicana, Amelia, que debe acudir a su país para asistir a la boda de su hijo. Susan es tiroteada por unos niños marroquíes, pastores de cabras, con un rifle que había sido propiedad de un cazador japonés, Yasujiro, viudo y padre de una chica sordomuda, Cheiko, con la que mantiene una relación fría y distante desde el suicidio de su esposa. Mientras la mujer agoniza en un poblado tercermundista sus hijos son abandonados en el desierto, la familia marroquí es sitiada y acosada por la policía de su país y Chieko se empeña en llenar su soledad existencial con la práctica del sexo. Las cuatro historias, desarrolladas en cuatro países diferentes, se conectan levemente entre sí por pequeño signos, -un rifle, una foto, un telediarario, un teléfono,- que ponen de manifiesto los escasos puentes existentes entre mundos tan dispares.

Las historias permiten al director presentar su propia visión del mundo contemporáneo. Aunque en la aldea global hay cabida para la hospitalidad incondicional (pueblo marroquí), la ternura en el dolor (Richard limpiando la sangre y la orina de su mujer herida), la fidelidad al otro (Anwar, guía de la expedición, empeñado en auxiliar a la herida), la reconciliación (el desnudo abrazo de Cheiko a su padre), la oración callada (Anwar junto a la mujer herida), la alegría contagiosa (boda del hijo de Amelia en Méjico), el desarrollo tecnológico (la ciudad de Tokio), el confort (hogar americano) y para otros logros y valores de nuestra cultura, sin embargo presenta predominantemente una visión negativa de la humanidad caracterizada por la incomunicación, la violencia, la competitividad y el fatalismo. Curiosamente los valores humanos aparecen predominantemente presentes en los países empobrecidos. Como casi siempre los pobres nos evangelizan.

Como alternativa a este mundo los cristianos adoptamos el propuesto, hace ya mucho tiempo, por Jesús de Nazaret. Con sus hechos y palabras demostró que otro mundo caracterizado por la comunicación sin fronteras, la entrega desinteresada, el desprendimiento sin reservas, la solidaridad sin límites, la libertad sin matices, la esperanza en la oscuridad, era posible. Sus seguidores, y en particular los religiosos que por vocación están llamados a vivir con radicalidad su propuesta, estamos invitados a

mostrar que hoy, como hace dos mil años, el Evangelio se puede vivir con todas las exigencias de su espíritu y su letra. En la medida en que lo hacemos alimentamos el fuego que prendió el Nazareno hace más de dos mil años.

Vamos a ir analizando los planteamientos de la película para contrastarlos después con el comportamiento de Jesús. Luego estaremos en condiciones de apuntar algunas pistas de actuación para una vida cristiana y consagrada que quieren contribuir a evangelizar esta cultura, poniendo de manifiesto todo lo que tiene de inhumana y ofreciendo alternativas inspiradas en las palabras del Galileo.

• **BABEL: UN MUNDO DE INCOMUNICACIÓN**

La Babel que describe Iñárritu es un mundo de incomunicación y silencios. El hecho de que las historias transcurran en tres continentes y se narre en cuatro idiomas (inglés, español, árabe, japonés) está ya poniendo de manifiesto la dificultad de una comunicación cálida y fluida entre sus protagonistas. Esta incomunicación, a la que alude ya el mismo título de la película, se manifiesta en la dificultad de Susan y Richard para abordar sus problemas matrimoniales, entre el padre marroquí y sus hijos de los que ignora casi todo, y sobre todo entre Chieko y el resto de la humanidad. Esta chica sordomuda, a pesar de vivir en una de las ciudades más grande del mundo, de estar casi siempre rodeada de una multitud, de tener un padre que se esfuerza en ser cercano y accesible, permanece aislada en un mundo de silencios y soledades en el que nadie acierta a penetrar.

Nosotros pertenecemos a un mundo que, en buena parte, ha perdido la confianza en el poder de la palabra como medio buscar la verdad, de comprender las cosas, de construir la sociedad. Como denunciaba hace años Vaclav Havel *en Occidente habéis olvidado en gran parte el poder de la palabra*. Parece que nuestra cultura tiene miedo a expresarse, a compartir con los demás sueños e inquietudes, a sumergirse en un silencio reparador del que puedan brotar palabras cálidas, reconfortantes, entrañables. Quizás como mecanismo compensatorio el hombre de hoy se refugie en el uso indiscriminado del móvil y del correo electrónico, que generalmente no sirven para expresar los sentimientos profundos, en los discmans o mp3 que permiten ignorar la realidad y escuchar los sonidos previamente seleccionados, en una televisión constantemente encendida, que posibilita permanecer al lado de los otros sin tener que esforzarse en decirse a los demás, en un parloteo insulso en el que se intercambian informaciones pero no se abre el corazón.

En contraste con nuestra cultura Jesús de Nazaret fue un hombre que pudo confesar con verdad: *En adelante ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre* (Jn 15, 15).

Este hombre, que había abierto el corazón y compartido todo con los suyos, confesará, horas más tarde, que era el Mesías de Dios, aún a sabiendas que su declaración le podía parecer blasfema a sus contrincantes: *Yo soy, y veréis al hijo del Hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y que viene entre las nubes* (Mc 14,63). Hasta en ese momento en que se estaba jugando la vida fue coherente con lo que había

enseñado: *Que vuestra palabra sea sí, cuando es sí; y no, cuando es no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno* (Mt 5,37).

Sin embargo este hombre guardará un silencio obstinado ante quien intuye que no le interesan sus palabras (Lc 23, 9), mientras no temerá pedir explicaciones al que le agrede con violencia (Jn 18, 22-23), ni tampoco situar en su justo término a un Pilato prepotente en su autoridad (Jn 18, 33-38).

Siguiendo a Jesús de Nazaret en un mundo como el nuestro hecho de incomunicación y silencio estéril, los cristianos de hoy nos empeñamos ser hombres y mujeres que valoran la palabra como medio de buscar la verdad y construir la sociedad, que apuestan por una comunicación en profundidad, que comparten el credo que da sentido a su vida, que desean decirse libremente a los demás y ser acogido incondicionalmente por los otros.

En el interior de la Iglesia, como punto de referencia de toda la comunidad eclesial, los religiosos de hoy deben esforzarse por construir comunidades que amen la palabra, que hablen desde la experiencia vivida, que compartan sueños e ilusiones, que expresen con naturalidad la ternura y el cariño, que utilicen un lenguaje, claro, transparente y significativo, que superen la incomunicación, la soledad y el conflicto con un diálogo franco y constructivo,

Cuando una comunidad religiosa comparte la Palabra y las palabras, las alegrías y las esperanzas, la oración y la amistad, los éxitos y las dificultades, los bienes y la responsabilidad, la fe y las preocupaciones, con un lenguaje claro y significativo, se convierte en un fuego vivo que brilla en la oscura noche de Babel.

• **BABEL: UN MUNDO COMPETITIVO**

Babel es para Iñárritu también un mundo marcado por la competitividad. En su película, como ya había descrito en su momento Darwin explicando los mecanismos de la evolución, sólo los más fuertes pueden sobrevivir mientras los débiles están condenados a desaparecer. En la cinta los frágiles son los pastores marroquíes masacrados por una policía prepotente, los emigrantes mejicanos repatriados a su país por los guardias fronterizos, la mujer herida abandonada a su suerte por unos turistas solo preocupados por salvar su vida a cualquier precio, la adolescente sordomuda ignorada por los que carecen de taras físicas.

Nosotros pertenecemos a una cultura en la que competitividad se ha adueñado tanto de la vida personal como pública. Vivimos en una sociedad donde parece que los perdedores no tienen nada que hacer. Sólo los más competentes, entendido como los más competitivos, tienen asegurado un puesto bajo el sol. Los triunfadores casi nunca son los más buenos, los más solidarios, los más serviciales, los más generosos, sino los más hábiles, los más astutos, los más fuertes, los que no tienen reparos éticos en emplear cualquier medio para conseguir sus fines y poder salir a hombros por la puerta grande.

En contraste con este rasgo de nuestra cultura Jesús de Nazaret fue un perdedor, alguien que decidió entregar la vida en vez de conservarla, alguien que no buscó los primeros puestos sino que entró voluntariamente por la puerta del servicio. Por eso pudo confesar con verdad: *El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos* (Mt 20, 28). Al comienzo de su vida pública eligió ponerse el último de la fila a la hora de recibir el bautismo de Juan (Lc 3, 21) y desde entonces no se consideró nunca como suficientemente importante para guardarse la vida sino que la fue regalando a los demás. Acabó siendo, como formuló con acierto Bonhoeffer, el-hombre-para-los-demás que sin entrar en competencia con los otros se desprendió progresivamente de sus cosas, de sus ideas, de su tiempo, de su madre, de su Espíritu. Cuando en su última cena ofreció a los discípulos su pan diciendo: *Tomad y comed esto es mi cuerpo* (Mt 26, 26), es decir, este soy yo, un pan partido, repartido para dejarse comer, estaba expresando plásticamente lo que había sido toda su vida: una entrega desinteresada a los demás.

Siguiendo a Jesús de Nazaret en un mundo fuertemente competitivo como el nuestro, los cristianos de hoy nos empeñamos en ser hombres y mujeres convencidos de que los más importantes son los más pequeños (Lc 9, 47), que los perdedores de este mundo son los primeros (Sant 2, 5), que sólo los servidores pueden ocupar los primeros puestos (Mt 20, 26-27), que la jungla competitiva puede ser sustituida por un mundo de regalos (Lc 14, 14).

La vida religiosa, llamada a ser un signo de radicalidad evangélica para toda la Iglesia, deberá empeñarse hoy en construir comunidades donde la competitividad entre sus miembros haya sido abolida, donde se den y se reciban como regalos a los demás, donde los que más cuenten sean los perdedores, donde la autoridad se viva como servicio.

Cuando una comunidad religiosa es un ámbito donde el desprendimiento de la propia vida es el hábito comunitario, donde se renuncia voluntariamente a todo para igualarse por lo bajo con los más bajos, donde la puerta del servicio está siempre abierta de par en par, donde no hay cuentas para los que no cuentan, donde a nadie se le niega el pan y la sal, se convierte en un fuego vivo que resplandece en la oscura noche de Babel.

• **BABEL: UN MUNDO VIOLENTO**

La violencia, bajo diversas manifestaciones, es otra constante en la Babel que ha descrito Iñárritu. En su película la violencia física está presente en los malos tratos del padre a sus hijos, en la agresión de Richard a sus compañeros de viaje, en el interrogatorio de los policías marroquíes a unos indefensos ciudadanos, en la entrega y posterior utilización de un rifle a unos niños. La violencia terrorista en el miedo de los viajeros americanos a su empleo por los habitantes de una aldea alejada de los circuitos turísticos. La violencia económica en la coexistencia de dos mundos radicalmente diversos: el de los países ricos (Japón, Estados Unidos) y el de los empobrecidos (Méjico, Marruecos) sin que exista la más mínima voluntad de acabar con la situación. La violencia racial en el comportamiento de los guardias fronterizos con los emigrantes mejicanos. La violencia verbal entre los dos hermanos en el desierto.

La película refleja pálidamente la situación del mundo en que vivimos. Las guerras preventivas o de las otras, las declaradas o encubiertas; el terrorismo internacional o de estado; la violencia racial o de género; la del insulto o la de la descalificación; la del secuestro o la del impuesto revolucionario; la institucional o la de cualquiera a la hora de defender o tratar de imponer su punto de vista, son manifestaciones de un cainismo lacerante que rebrota por doquier. La violencia, presente diariamente en películas y telediarios, es una constante de nuestros días a la que corremos el riesgo de habituarnos.

En contraste con este rasgo de nuestro tiempo Jesús de Nazaret fue un hombre que se empeñó en tender puentes entre posiciones encontradas (Lc 9, 50), que recriminó a los suyos el uso de la violencia (Mt 22, 52), que renunció al poder (Jn 6, 15)), que invitó a amar, perdonar y rezar por los enemigos (Mt 5, 43-47), que proclamó felices a los no violentos y a los que trabajan por hacer posible la paz (Mt 5,5.9) que no tuvo miedo de enfrentarse a los detentores de la violencia institucional (Mt 23,1-33) y que acabó siendo víctima de la violencia que pacíficamente había combatido. Y lo hizo sin resistencia ni rebelión: *cuando era maltratado, se sometía, y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca* (Is 53,7).

Siguiendo a Jesús de Nazaret en un mundo marcado por la violencia, los cristianos de hoy estamos llamados a ser hombres y mujeres reconciliados que crean reconciliación, empeñados en desarraigar toda semilla de odio, comprometidos en erradicar las estructuras injustas que impiden la paz, caracterizados por emplear medios no-violentos y tomar partido por las víctimas de la violencia.

La vida religiosa, llamada a ser un signo de reconciliación, un ámbito de concordia y un instrumento de paz, deberá empeñarse en crear comunidades donde el amor a todos, el respeto al distinto, y la no-violencia activa sean tan llamativos, que los cristianos, e incluso los no-creyentes, se sientan impulsados a colaborar en la construcción de un mundo justo, fraterno, pacífico y respetuoso con la integridad de la creación.

Cuando una comunidad religiosa es sensible a las situaciones en que la libertad y la dignidad humanas están conculcadas por estructuras injustas, toma partido a favor de las víctimas de cualquier tipo de violencia, trata de sanar los corazones de las personas por medio de la reconciliación, colabora con cualquier hombre de buena voluntad en la lucha por la justicia y la paz, coopera en las tareas de liberación, reconciliación y desarrollo humano, responde con creatividad a las nuevas necesidades que surgen a su alrededor, se convierte en un fuego vivo que resplandece en la oscura noche de Babel.

• **BABEL: UN MUNDO FATALISTA**

La Babel de Iñárritu esta marcada por el fatalismo. Desde las primeras escenas se intuye que las cosas en la película no van a salir bien y para muchos de sus personajes es así: Amelia tendrá que acabar regresando a Méjico a pesar de tener los papeles en regla y haber trabajado dieciséis años en los Estados Unidos, Cheiko no conseguirá llenar su vacío interior a pesar de sus reiterados intentos, los pastorcillos marroquíes

terminarán en manos de la policía, Susan será abandonada a su suerte por el grupo sus asustados compañeros de viaje.

La cinta de Inárritu pone de manifiesto el cierto fatalismo de nuestra cultura. Parece que estamos resignados a admitir, entre otras cosas, que se tiene que seguir muriendo de hambre dos tercios de la humanidad, que África es un continente sin futuro, que el calentamiento global del planeta es irremediable, que el entendimiento y la paz entre los pueblos es inviable, que el terrorismo internacional se nos ha ido de las manos. Lo malo es que cuando el determinismo enraíza en el corazón de la humanidad su manifestación es una pasividad radical que hace que las cosas no puedan cambiar.

En contraste con este rasgo de nuestra cultura, Jesús de Nazaret fue un hombre que no creyó en que las cosas estaban escritas. Estaba convencido de que valía la pena arriesgar la propia libertad para hacer posible el reino de Dios. Sentía el arrojo de sentirse libre, a pesar de la franca oposición de los que creían que las cosas no tenían arreglo, para intentar que las cosas cambiaran. Ni siquiera vivió su muerte como una consecuencia de las maquinaciones de sus adversarios sino como una decisión personal y libre: *El Padre me ama, porque yo doy mi vida par tomarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela, soy yo quien la doy por mi propia voluntad* (Jn 10, 17-18). Cuando llegó su hora extendió libremente sus brazos en la cruz para destruir la muerte y hacer posible un mundo nuevo abierto a un futuro mejor.

Siguiendo a Jesús de Nazaret en un mundo marcado por el fatalismo los cristianos de hoy intentamos poner de manifiesto que es posible la esperanza. Convencidos que, desde la venida de Jesús, el Reino ya ha comenzado nos esforzamos, poniendo en juego toda nuestra libertad y voluntad, en hacer lo posible para que avance hacia su plenitud. Creemos que, a pesar de las apariencias, todo va a mejor y que al final será el bien el que tendrá la última palabra.

La vida religiosa, llamada a ser para la comunidad un signo de libertad y esperanza, deberá ofrecer a nuestros contemporáneos el testimonio de comunidades comprometidas en hacer todo lo posible para que la globalización del amor sea una realidad. Superando el fatalismo cada religioso está invitado a entregar voluntariamente su propia vida a hacer posible el sueño de Dios.

Cuando una comunidad religiosa, sin dejarse llevar por el determinismo imperante, cree en la capacidad de superación de las personas y de los pueblos, no se deja arrear por las dificultades, colabora activamente en la transformación del mundo en su Reino, se esfuerza en la evangelización de la cultura, es un testimonio vivo de esperanza y se convierte en un fuego vivo que resplandece en la oscura noche de Babel.

• UN FINAL ABIERTO A LA ESPERANZA

Aunque Inárritu se empeña en mostrar un mundo cerrado a la comunicación, marcadamente violento, entregado a un destino cruel e imprevisible, decididamente competitivo, el final de la película está abierto a la esperanza. El abrazo entrañable entre una Cheiko desnuda y su padre, el gesto de Anwar al negarse a aceptar una retribución económica por sus desvelos desmedidos, el rescate y la posterior curación de la mujer

herida, con los que termina la película, son signos pequeños pero entrañables de la reserva de humanidad que hay en nuestro mundo.

A los cristianos, y a la vida religiosa en particular, nos está encomendada la tarea de despertar esa humanidad que hay en el corazón de todo hombre y así llevar la luz de Dios a este mundo. Actuando fuertes en una fe que transforma nuestra impaciencias y dudas en la seguridad de que el mundo está en manos de Dios y que, a pesar de las oscuridades, al final el bien triunfará, alegres en una esperanza que no desfallece ni siquiera ante el aparente fracaso y constantes en un amor que ilumina las sombras de este mundo y nos fortalece para proseguir en el empeño, podremos seguir colaborando en encender un fuego vivo y voraz que transforme a Babel en la Jerusalén que soñamos.

Antonio González Paz

© Mundo Marianista